

«... cualesquiera riñas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen». Cervantes. (*Don Quijote de la Mancha*).

«... y poner en segura prisión a cualesquiera procuradores que viniesen de Nueva España...» Antonio Solís. (*Historia de la Conquista de Méjico*).

«... Dios y la anciana lo sacarían de allí con bien, precedido del cautivo, cualesquiera que fuesen las causas que le hubiesen detenido». Navarro Villoslada. (*Doña Urraca de Castilla*).

«... fuesen cualesquiera los títulos y derechos que en favor de la goda Amaya se alegraran...» Navarro Villoslada. (*Amaya o los vascos en el siglo VIII*).

«¿Es preciso tomar armas?—Traigo. Pero si preferís las vuestras a las mías...—Cualesquiera me bastan». Tomás Aguiló. (*A la sombra del ciprés*).

Don Ramón de la Cruz en su sainete *La visita de duelo* hace hablar así a uno de sus personajes: «Y lo tercero—que en llamándonos Vds.—con *cualquiera* pretexto—podemos pelar la pava».

Esto lo dice un petimetre. Me temo que D. Ramón de la Cruz se quisiera burlar de él poniendo en sus labios tal dislate.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

(1) No será necesario advertir que cuanto va dicho es aplicable también a esta palabra cuando se usa como pronombre indefinido.

INÉDITAS

INFANTIL

¿No ves en el Cielo,
brillar las estrellas?
Corre, corre, hermana,
que quiero cogerlas.

¿No ves en Oriente
inflamado el sol?
Corre, corre, hermana,
que lo bese yo.

¿No ves en la ría
pintada la luna?
Corre, corre, hermana,
que duerme en su cuna.

Por tí se reunieron
en Corte tan bella;
sé buena y no llores:
Sol, luna y estrellas.

CASUAL

De mi carpeta saqué
una nítida cuartilla,
para hacer una quintilla
que comencé y no acabé.

Cuidadoso la doblé.
(en mil pliegues la cuartilla);
y si no salió quintilla,
salió un barco de papel...

¡Que navegó a maravilla!

JUAN RAMOS APARICIO

Alcántara, Abril de 1949.

RECUERDOS DEL MADRID DE 1909

EFEMERIDES TAURINA

POR DANHUR

AMANECIÓ un día espléndido; uno de esos días primaverales que solean las vías madrileñas llenas de un tráfico que, sin dejar de ser dinámico y abundante, no es, empero, el que caracteriza a la gran urbe en su diario laborar. Este domingo, y todos los días festivos, hace del peculiar optimismo de los habitantes del Madrid de principios de siglo, que desborde su entusiasmo y que los preparativos camperos,—toda una semana esperados,—tengan efectividad para innúmeras familias, ávidas de nuevos horizontes y de saturación de la deliciosa temperatura de la risueña estación.

(Risueña entonces, que ahora se nos muestra hosca, tacaña y hasta agresiva; no tiene formalidad el tiempo. ¡Cómo llovía y nevaba aquellos inviernos! ¡Qué asfixiante calor en los veranos! Pero actualmente... actualmente con el traje de entretiempo y la gabardina de seis temporadas vamos tirando; milagrosamente, pero vamos saliendo adelante, y salvando baches y esquinas con la consabida linterna de bolsillo.)

Para nosotros, modestos y circunstanciales vecinos de la Villa y Corte, alejados de todo vínculo familiar, sin más íntima comunidad que la de nuestros libros y las añoranzas del terruño, no había más horizonte que la Bombilla, y más concretamente, el merendero de Juan, el del *Campo del Recreo*. Allí acudíamos con el ánimo bien dispuesto y con dos o tres pesetillas para todo lo que saliera. Aunque, previsora, para que tal cantidad llegase íntegra, en su despilfarro, a proporcionarnos el disfrute de manjares y emociones en aquel edén, comenzábamos por trasladarnos a pie desde Sol a Bombilla, ahorrando así los treinta céntimos del tranvía. ¡Y por que un paseito después de la comida era muy sano, qué caramba!

Pero aquella tarde abrioleña del 909 nos alborotó un empedernido aficionado a la fiesta brava. A vuelta de intrincados cálculos aritméticos, dejando exhaustos para toda la semana nuestros ya flácidos bolsillos, obtuvimos el convencimiento de que podíamos reunir lo necesario para unos asientos de gradería de *sol y sombra*. Tomamos un *tupí* en el bar del salón Romea, en calle Carretas (el café exprés de entonces, por 15 céntimos) y enfilamos a buen paso calle Alcalá hasta *tropezar* con el Coso de la carretera de Aragón.

No recuerdo quienes eran los matadores que formaban la terna con Gaona; pero lo que no podré olvidar nunca es la impresión honda, de infinita angustia, que recibí aquella tarde. La temporada taurina del 909 fué la del famoso pleito de los *Miuras*. ¿Pleito? ¡Vaya usted a saber! Lo cierto es que la célebre pareja *Bombita-Macha-*

quito, se alejó de la plaza de Madrid para torear en la de *Vista Alegre*. La competencia era rabiosamente notoria, y la empresa de Madrid prodigó la confección de carteles a base de los mejores elementos de la baraja coletuda: Pastor, Gallo, Gaona...; anunciando en vistosos carteles murales, pegados en todas las vallas de edificios en construcción, con alarde de tinta roja y tipo gigante, el terrorífico nombre de la divisa: ¡MIURAS! Y el lleno era absoluto.

La tarde a que nos referimos, el ganado era de Concha y Sierra, divisa prestigiosa en la primera plaza de España. Un soberbio ejemplar de toro, con muchas arrobas y muy buenas defensas, mató al banderillero *Lagartijilla*, de la cuadrilla de Rodolfo Gaona. Fué así: el toro, que ya había demostrado su enorme poder con los picadores, llegó al segundo tercio reservón y con peligrosas arrancadas. El primer par no fué posible colocarlo en suerte natural, y salió del paso el subalerno dejando los rehiletes, con apuros, a la media vuelta. Llegado el turno a *Lagartijilla*, intentó salir del paso en la misma forma que lo hiciera su compañero, aprovechando la salida de uno de los capotazos de los peones. Pero el público, que ya había gritado el primer par, se indignó al observar el intento de repetir la suerte, lo que hizo rectificar a *Lagartijilla*, que entró de frente y consiguió clavar las banderillas en todo lo alto.

El encontronazo debió de ser fortísimo, pues salió rebotado y, perdiendo el equilibrio, hubiera caído al suelo si el toro, doblando el cuello y en un siniestro derrote, no le hubiera enganchado por el costado derecho y despedido a gran altura; volviendo a caer el martirizado cuero del desventurado torero sobre las astas del encelado animal, quedando clavado por el cuello en el pitón izquierdo sobre el que se le vió girar en trágica contorsión. Había sido degollado. En la arena quedó inerte con los ojos desmesuradamente abiertos. El toro le miró a distancia, a la distancia que le había arrojado su terrible y criminal derrote, sin intentar de nuevo ir por él: algún capote se lo llevó y el servicio de plaza recogió de la arena el cuerpo del torero, quedando en el suelo un gran charco de sangre. Un pañuelo de los llamados de hierba, de uno de los mozos de plaza, introducido en la enorme herida del cuello, no bastó a contener la desbordante hemorragia que fué marcando la huella de su traslado hasta la enfermería.

Cuando salimos de la plaza, sin perder más tiempo que el preciso para tomar de pie, en el primer bar que hallamos al paso, una gaseosa que refrescase nuestras reseca gargantas, nos cruzamos por Alcalá con los vendedores de periódicos que a pleno pulmón voceaban: «...con la cogida y muerte del banderillero *Lagartijilla*». Y, ¡lo que son las cosas!: nosotros, que habíamos sido testigos de la horrible muerte, nos apresuramos a comprar el diario para ver confirmada, en unas líneas, las precisas para registrar el suceso al cerrar la edición, la concisa descripción de la tragedia.

DANZA DE LAS HORAS

ALONSO Y YO

¡Alas, sol y un nido!

AMIEL

DOCE años llevaba mi gran amigo, que frisaba en los cincuenta, con aquel amor constreñido en el nido que brotara.

—Mis amores y los suyos—me susurraba—han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que un honesto mirar.

Y yo, por bachiller y burlón, veía en sus ojos, empañados de ilusión, la brega interior, la tremenda fatalidad de su amor que, en fuerza de ser grande, se había cuajado y parecía un requesón manchego que tuviera atorado entre pechos y espaldas.

—¿Por qué no le habeis declarado vuestro amor en tanto tiempo?

Gran tristeza en su semblante vencido. Noble rostro de conformidad, que me hacía sonreír de puro sabérmelo y manejarlo. Sus razones, cándidas de sinrazones, las tenía todas previstas aunque no calara yo entonces su meollo tan hondo como el secreto de la vida.

* * *

YO SOLO

Je porte avec moi mon amour...

CANCIONCILLA

Muy poco después de separarme de él, supe que mi excelente amigo habíase lanzado por esos andurriales a implantar el Bien (¡y la justicia!) sobre la tierra y a conquistar la Gloria con un espadón ulcerado de orín. No con frecuencia la risa y la pena mueven paradójicamente el ánimo como lo hicieron conmigo en tal ocasión. Desde que me enteré el sandio Alonso pasó para siempre a mi corazón y a mi bilis.

Conmover, reflexionaba entre mí, pero intolerable.

¿Qué es eso de emprender una campaña de esa índole con uno mismo y tratar de sublimar y repartir por los vericuetos un dolor ideal y carnal tan corriente y moliente, señor Quijano?

Tuve un cruel y humanísimo pensamiento al querer vencerle también en aquel su particular terreno de puros desencantos y por eso nació el de la Blanca Luna.

* * *